



El pueblo del silencio

Lydia Cacho

Sentada frente al escritorio forrado de formica imitación madera, miraba la cubierta con las orillas despostilladas por el paso del tiempo, marcada con las huellas sudorosas de los criminales y testigos. Claudia fijó su mirada en un hueco amarillento formado por la ausencia del forro, justo en la orilla del escritorio. Tac, tac, tac, sonaba la vieja máquina Olivetti bajo los diestros dedos de la mecanógrafa policíaca.

-Entonces asegura que la violó, está usted segura, dijo enfatizando sus palabras Artemio, el jefe de la policía, asentando los pies con sus botas puntiagudas de cuero negro, acomodándose las manos en el cinturón, enganchando sus pulgares dentro de la cintura forzada por la barriga, como rescatando su hombría a la hora de escuchar una declaración que acusaba a un compañe-

ro policía de haber violado a la hermosa muchacha de veintiún años.

-Sí, estoy segura, espetó Claudia subiendo la mirada hacia su interlocutor.

Cruzando los brazos nuevamente, como para protegerse el corazón de una reiterada herida la declarante repetía una y otra vez los sucesos a Marta, la mecanógrafa, quien aparentaba una frialdad inusitada; al menos para estar escuchando la historia cruda de una mujer recién violentada sexualmente.

Claudia la miraba apaciblemente, clavando sus ojos en los párpados que pestañeaban rápidamente, marcando en acompañamiento el ritmo de los dedos...v, luego i, luego o, luego l, luego a... parecían decir los labios presurosos de la mujer escribana.

No soy yo, no soy yo... decía para sus adentros Claudia, al ir observando cómo se marcaban con tinta las palabras después de cada golpe de letra en una hoja tamaño oficio con cuatro copias al carbón...una para el Ministerio Público, una para el archivo, una para el abogado, una para la víctima.

-¿Por donde dice que se la metió? ¿cómo iba vestida? ¿segura que no lo provocó? Preguntó intempestivamente el oficial que acababa de entrar al pequeño cuarto de declaraciones.

Claudia reaccionó arrebatadamente, por primera vez desde que su violador la atacó agresivamente, y la golpeó invadiendo su cuerpo por la fuerza, ella levantó la voz.

-¡Estoy harta! Gritó, Tengo tres horas explicando cómo fue: el policía iba en el camión, sólo habíamos dos pasajeros, él y yo, eran las dos de la mañana yo salía de mi trabajo como mesera del *Frog*, él se acercó sentándose a mi lado, intenté pararme, me tomó la mano y de un jalón me regresó al asiento, le pregunté qué quería, forcejamos, sacó su arma y me la puso en la sien, si te mueves te mato, me dijo mientras el chofer del *Turicun* lo miraba por el retrovisor.

Daniel Correa Rojo



¡Y tú maneja, que luego te toca gozar de este manjar!, le gritó al conductor, quien miraba el lejano semáforo de la avenida Kukulkan. Intenté quitármelo de encima me golpeó con la cache de la pistola y me apretó un seno me arrastró del cabello hasta la parte trasera del camión sin dejar de apuntarme la cabeza con el arma de fuego grité y me golpeó aquí, -dijo descubriéndose el costado para mostrar un inmenso morete a lo largo de las costillas-, me violó y justo al llegar al cruce con la Bonampak el camionero detuvo el transporte, el policía me cargó lastimada y muda y me tiró en el césped, al lado de la ciclista, podía oler el aroma del manglar, escuchar el viento, pero no podía sentir ni mi cuerpo ni el miedo, ni gritar.

Tac,tac,tac,tac, sonaba el eco de la máquina forzando a Claudia a salir de la carrera que había emprendido tras su propia angustia, esa que despertó la pregunta necia del policía.

En ese momento entró el médico legista.

-Las pruebas del semen están listas, habrá que llevar a cabo un análisis del líquido seminal del hombre a quien la señorita identifica como su violador, aseguró tajante el individuo.

Ella le miró de reojo, recordó su rudeza mezclada con un dejo de amabilidad e incómodo pudor. Recordó al hombre que la revisó cuando la ambulancia de la Cruz Roja la llevó a la clínica. El hombre parecía incómodo, intentaba ser dulce sin lograrlo, se percibía más bien angustiado. Claudia pensó que tal vez, así como todas las mujeres temen, al escuchar la historia de una violación, haber sido las víctimas ellas mismas, tal vez todos los hombres teman haber podido ser el violador.

-Firme aquí, -dijo con aliento de chicle de menta la mecanógrafa-, y aquí, señaló con sus uñas largas pintadas de rojo cardenal. Llevando su dedo índice a la boca, sacó la lengua descaradamente, humedeció su huella y con maestría bajó la mano para separar las páginas del papel carbón, mascando ruidosamente.

-Eso es todo, aseguró el sargento de las botas de cuero; nosotros le hablaremos si se identifica como culpable al presunto responsable que usted dice identificar como si de verdad hubiera sido su violador.

Claudia se levantó de la silla, tomó su bolso con la mano derecha al tiempo que acomodaba el cabestrillo que sostenía el brazo izquierdo, que con un yeso cubría la fractura causada por los golpes de su atacante. Salió y en la avenida Náder tomó un taxi, se abrazó a sí misma y lloró durante el recorrido a su departamento en

la región noventa y seis, el rumbo de la clase media baja de Cancún.

Dentro de la oficina, la abogada de la defensoría de oficio, novia del jefe de policía, recogía la copia de la declaración, al tiempo que pasaba la esposa del alcalde, todos se saludaron servilmente, Doña Mariana, con aires de duquesa entró y el oficial de la botas le acercó una silla.

-¿Cómo les va muchachos? Pregunto la primera dama sin demostrar verdadero interés. Los otros comentaron el asunto de la meserita violada en la zona hotelera.

-¿Y será cierto? Preguntó nuevamente la directora del Dif municipal de modo casi inquisitorio. Porque luego esas muchachitas son tremendas. Andan vestidas de shorts, salen a deshoras y andan solas por la calle, algunas se lo buscan.

-Pus yo no creo que sea cierto, aseguró el jefe; el oficial Martín Azuete es de buena familia, además es sobrino del gobernador, son una familia honorable.

- Así es, dijo la señora, yo creo que lo mejor es no hacerle mala fama al pobre hombre, es casado y tiene una bebita primorosa. Yo se, aseguró mientras se levantaba de la silla y acomodaba su escote pronunciado, que ésta muchachita no era virgen, así que no creo que valga la pena el escándalo.

El oficial de las botas de cuero esbozó una sonrisa conciliadora. El médico legista, con la boca abierta les miraba sin alcanzar a formular la pregunta correcta.

-¡Acuérdate cabrón!, le dijo el oficial en tono amenazante, al mirar su asmobro, que quien te dio la chamba es el esposo de la doña, así que tú sabes.

El doctor enmudeció pálido, debatiéndose entre la piedad y el realismo; mientras la señora con sus finísimas manos recién manicuradas tomó de manos del galeno la bolsa con las pruebas. Las fotografías del cuerpo golpeado, y las laminillas de cristal con semen recuperadas de la vagina de la mesera.

Discretamente sin dejar de mirar al médico, la dama puso su mano sobre el basurero y desde lo alto soltó el paquete que cayó provocando un sonoro golpe seco de olvido.

Se dio la media vuelta, y dando paso firme con sus zapatos de charol blanco se dirigió hacia la oficina del Procurador; iba a buscarlo para solicitar vigilancia en un magno evento partidista a favor de las mujeres maltratadas de Quintana Roo. 